

EL CABALLERO DEL VERDE GABÁN COMO MODELO DE VIDA

EMILIO MARTÍNEZ MATA
Universidad de Oviedo

RESUMEN:

Se revisa el episodio del Caballero del Verde Gabán (*Don Quijote*, II, 16-18) para concluir una interpretación del personaje, contrapuesto al de don Quijote, no ya como modelo moral, en relación con el estoicismo y el epicureísmo cristiano, sino como un modelo social. El personaje representaría un modo de actuación guiado por la utilidad (como se pone de manifiesto, entre otros motivos, por el tipo de caza que lleva a cabo), aunque, por supuesto, lejos aún de la idea de utilidad pública que los ilustrados convertirían en uno de sus principales objetivos. Se trataría de una bondad activa, que busca el provecho para sí y sus próximos, estableciendo un modelo (no muy alejado de la *preud'homme* propugnada por Pierre Charron en *De la sagesse*, 1601) que reflejaría el cambio moral y social que se produce como consecuencia del nuevo contexto social y económico y de las nuevas concepciones que el Humanismo había contribuido a establecer.

PALABRAS CLAVE:

Don Quijote, Caballero del Verde Gabán, utilidad, bondad activa, *preud'homme*

ABSTRACT:

The episode of the Knight of the Green Topcoat (*Don Quixote*, II, 16-18) is reviewed in order to conclude an interpretation of the character, opposed to don Quixote. Not only as a moral example, with respect to the stoicism and Christian epicureanism, but also as a social model. The character will stand for a mode of action guided by utility, as evidenced, among other reasons, by the type of hunting that he holds. Although, of course, far from the idea of public interest that the enlightened adopted as one of its main goals. This would be an active goodness, seeking advantage for themselves and their next. Establishing a model (not far away from the *preud'homme* advocated by Pierre Charron in *De la sagesse*, 1601) that would reflect the moral and social change that occurs as a result of the new social and economic context and new conceptions that Humanism had helped to establish.

KEYWORDS:

Don Quijote, the Knight of the Green Topcoat, utility, active goodness, *preud'homme*

El personaje del Caballero del Verde Gabán resulta, sin duda, uno de los mejor delineados por Cervantes. «No hay personaje explorado más a fondo [por el autor] en toda la obra» dice de él Márquez Villanueva (1975: 163), aunque habrá que suponer con exclusión de don Quijote y Sancho.

Si bien es uno de los personajes más «simpáticos» del *Quijote* (como recordaba A. Sánchez 1961-1962: 169), ha despertado el interés de la crítica fundamentalmente por lo que supone de contraposición al modo de vida de don Quijote. Esta perspectiva, que comentaremos más adelante, se ve inevitablemente afectada por la valoración que el crítico haga de la figura de don Quijote o por la actitud de buscar lecturas ocultas (o, al menos, disimuladas) en la novela cervantina.

Con la idealización romántica de don Quijote, empezaron las interpretaciones negativas del personaje del Caballero del Verde Gabán en tanto que envés del carácter «heroico» de don Quijote y por perseguir una felicidad material y familiar (Bonilla resaltaba lo que tiene de «apocado» y materialista, 1905: 333). Más tarde, algunos críticos de la segunda mitad del siglo xx, de preferencia los que persiguen un Cervantes maestro del doble discurso por una supuesta heterodoxia ideológica o bien por atribuirle el máximo grado de complejidad artística, han tratado de encontrar en el personaje de don Diego de Miranda una significación más o menos velada.

Sin embargo, son también numerosos los partidarios de una interpretación positiva del personaje. Hasta el punto de que algunos, como A. Sánchez, ven en él un anhelo íntimo del propio Cervantes, el de vivir una medianía dorada.¹ Sánchez incluso va más allá al encontrar un parecido físico entre el personaje («la edad mostraba ser de cincuenta años; las canas, pocas, y el rostro, aguileño; la vista, entre alegre y grave», II, 16, pág. 662)² con la descripción que de sí mismo da Cervantes en el prólogo de las *Novelas ejemplares*: «Este que veis aquí, de *rostro aguileño*, de cabello castaño, frente bien lisa y desembarazada, de *alegres ojos*» (*Novelas ejemplares*, Prólogo, pág. 16; el subrayado es mío, al igual que en otras citas de Cervantes).³

Otro aspecto que resalta al personaje es el hecho de que formula la mejor caracterización del protagonista, sintetizada en el binomio locura/cordura: «ya le tenía por cuerdo, ya por loco, porque lo que hablaba era concertado, elegante y bien dicho, y lo que hacía, disparatado, temerario y tonto» (II, 17, pág. 677). Y su hijo reitera esa misma interpretación, sintetizándola de modo muy expresivo: «él es un entreverado loco, lleno de lúcidos intervalos» (II, 18, pág. 684).

¹ «Fugaz anhelo de un genio maltratado por la vida» (Sánchez 1961-1962: 201). Márquez Villanueva también defiende el modelo del tipo de vida del Caballero del Verde Gabán como una alternativa al propio Cervantes, pero afirma, sobrepasando los límites interpretativos, que este habría rechazado al elegir «quijotesca la zambullida en el proceloso mar de una Sevilla ruidosa y babilónica» (1975: 167).

² Todas las citas del *Quijote* proceden de la edición de F. Rico, Madrid, Punto de Lectura, 2007.

³ Ed. de J. García López, Madrid, Real Academia Española-Galaxia Gutenberg, 2013. Günter (2007: 169), por su parte, rechaza la identificación de don Diego con Cervantes (o con cualquier otro poeta: Lope, Rodrigo de Miranda) debido al escaso aprecio que muestra el personaje por la poesía.

El episodio del Caballero del Verde Gabán se introduce en el contexto de la inesperada victoria de don Quijote sobre el Caballero del Bosque (en realidad, su amigo Sansón Carrasco disfrazado de caballero andante). En el inicio del capítulo XVI de la Segunda Parte el narrador muestra la satisfacción que rebosa don Quijote por su reciente victoria: «Con la alegría, contento y ufanidad que se ha dicho seguía don Quijote su jornada» (II, 16, pág. 659). En efecto, también al comienzo del capítulo anterior se indica el orgullo de don Quijote por el triunfo («En extremo contento, ufano y vanaglorioso iba don Quijote por haber alcanzado victoria de tan valiente caballero como él se imaginaba que era el de los Espejos», II, 15, pág. 656). La victoria le hace olvidarse de todos los malos momentos pasados hasta entonces y creerse el más valiente caballero andante:

Imaginándose por la pasada victoria ser el caballero andante más valiente que tenía en aquella edad el mundo; daba por acabadas y a felice fin conducidas cuantas aventuras pudiesen sucederle de allí adelante; tenía en poco a los encantos y encantadores; no se acordaba de los innumerables palos que en el discurso de sus caballerías le habían dado, ni de la pedrada que le derribó la mitad de los dientes, ni del desagradecimiento de los galeotes, ni del atrevimiento y lluvia de estacas de los yangüeses (II, 16, pág. 659).

Pero la victoria se había producido, de manera bien poco heroica, al aprovecharse de que el caballo del contrincante no se había movido de su sitio y este no había podido poner la lanza en ristre. Don Quijote, «que no miraba en estos inconvenientes» (II, 14, pág. 653), arremete violentamente (y «sin peligro alguno» para él, como recuerda el narrador) a quien se encontraba inerme a su merced.

Es en ese momento de felicidad y vanagloria de don Quijote cuando aparece el nuevo personaje, montado («a la jineta») en una hermosa yegua y vestido con un llamativo gabán verde. Una ropa elegante y un color que era costumbre utilizar para el viaje y para la caza.⁴

Las dudas que ha suscitado la colorística vestimenta de don Diego de Miranda han quedado convenientemente disipadas por trabajos como los de Gingras (1985) y Bernis (2001: 17, 20, 43-46). Sin embargo, algunos críticos han encontrado en el

⁴ «Los alcanzó un hombre (...) sobre una muy hermosa yegua tordilla, vestido un gabán de paño fino verde, jironeado ['con listones en los bordes'] de terciopelo leonado ['rojizo'], con una montera del mismo terciopelo; el aderezo de la yegua era de campo y de la jineta [propio para el viaje], asimismo de morado y verde; traía un alfanje morisco pendiente de un ancho tahalí ['correa'] de verde y oro, y los borceguíes ['botines para montar'] era de la labor del tahalí; las espuelas no eran doradas, sino dadas con un barniz verde, tan tersas y bruñidas, que, por hacer labor con todo el vestido, parecían mejor que si fueran de oro puro» (II, 16, págs. 660-661).

vistoso traje del viajero, que llama la atención hasta el punto que se le acaba denominando «el del Verde Gabán», la base de partida para su interpretación del episodio. Así, Márquez Villanueva, que no duda en afirmar que don Diego de Miranda «viste como un papagayo» (1975: 227), relaciona el llamativo colorido de su vestimenta con los colores distintivos del loco y del bufón de corte. En su interpretación, la ropa de don Diego es la del loco, un signo de su locura equiparable a los requesones derretidos en la cabeza de don Quijote (un rasgo del loco, como muy bien documenta). Del mismo modo, establece un paralelo entra la locura de don Quijote enfrentándose a los leones y la de «salir por ahí vestidos de verde» (1975: 234). Desde este presupuesto, se establecería en su opinión un paralelo entre las dos locuras: la «locura cuerda, rebosante de riesgo», de don Quijote y la «cordura loca, acolchada de precauciones», de don Diego (1975: 227).

Por el contrario, los estudios de Gingras (1985) y Bernis (2001: 17, 20, 43-46), entre otros, han puesto de manifiesto claramente que la vestimenta de don Diego es la apropiada para un viajero de su posición social y riqueza. Son numerosos los testimonios de la vistosidad y colorido de los vestidos de viaje, que se diferenciaban de los de ciudad en este rasgo (Bernis 2001: 19-21), aunque nos pueda parecer sorprendente.⁵ Por lo demás, la imagen del traje de don Diego está muy lejos de la extemporánea que traza Márquez Villanueva. Bernis (2001: 43-44) explica que el gabán «jironeado de terciopelo» no se corresponde con las piezas triangulares llamadas jirones que se incorporaban a las prendas para darles mayor vuelo, sino que son simplemente tiras o listones de color superpuestos en los límites del gabán para darle una mayor dignidad. Los borcegués, de origen morisco, se habían convertido en el calzado típico del jinete hispano.⁶ También era habitual que el color del jaez del caballo armonizara con el de los borcegués.⁷

El narrador hace una descripción detallada del traje de don Diego de Miranda para transmitir una imagen precisa del personaje. Y, en esa descripción, el gabán es bien relevante, hasta el punto de que se le mencione como «el del verde gabán», porque traslada una imagen de dignidad y prosperidad. Las observaciones no ofrecen

⁵ Véase ahora la crítica que hace Günter (2007) de las interpretaciones del personaje ligadas al simbolismo de los colores.

⁶ En 1603 el viajero francés Barthélemy Joly testimonia su uso general: «presque tous usent de ceste chaussure, jusque aux presbitres et religieux» (citado en Bernis 2001: 44). Es el calzado que lleva el propio don Quijote, como queda de manifiesto cuando se quita las armas en casa de don Diego: «los borcegués eran datilados [‘del color del dátil, marrón claro’]» (II, 18, pág. 680).

⁷ Puede verse una muy ilustrativa reconstrucción de la imagen del Caballero del Verde Gabán, basada en documentación de la época, en Bernis (2001: 45) y en la ilustración núm. 30, pág. 1009 del volumen complementario, de la edición del *Quijote* del Instituto Cervantes (esta ilustración, sin embargo, en blanco y negro).

dudas: a don Quijote le parece «hombre de chapa [‘discreto, juicioso’]»⁸ y el narrador se encarga de resaltar que «en el traje y apostura daba a entender ser hombre de buenas prendas [‘de buenas cualidades’]» (II, 16, pág. 662). El resto de su descripción física se corresponde también con la dignidad que se ha destacado: «La edad mostraba ser de cincuenta años; las canas, pocas, y el rostro, aguileño; la vista, entre alegre y grave; finalmente, en el traje y apostura daba a entender ser hombre de buenas prendas» (II, 16, pág. 662). Hasta la mirada («entre alegre y grave») tiene rasgos positivos: es una mirada que no da muestras de orgullo o de frialdad, sino que puede incitar a la conversación amigable.

Las dos figuras, cada una en su singularidad, llaman la atención del otro: «y si mucho miraba el de lo verde a don Quijote, mucho más miraba don Quijote al de lo verde» (II, 16, págs. 661-662). La interpretación de la figura de don Diego no ofrece demasiadas dificultades para don Quijote porque llega en seguida a una conclusión: «pareciéndole hombre de chapa». No ocurre lo mismo con la de don Quijote, que produce notable extrañeza («semejante manera ni parecer de hombre no le había visto jamás»). Le admira la delgadez del caballo, la altura de don Quijote, la flaqueza y color amarillo del rostro, las armas, el ademán y compostura, porque se trata de una «figura y retrato no visto por luengos tiempos atrás en aquella tierra» (II, 16, pág. 662).

El propio don Quijote no solo advierte la atención con que le examina el viajero sino que es consciente de que la extrañeza que suscita está justificada: «Esta figura que vuesa merced en mí ha visto, por ser tan nueva y tan fuera de las que comúnmente se usan, no me maravillaría yo de que le hubiera maravillado» (II, 16, pág. 662). Así que le da explicación de su empeño adelantándose a los deseos de su interlocutor («quise resucitar la ya muerta andante caballería»), haciendo ostentación de que su historia circula ya impresa: «he merecido andar ya en estampa en casi todas o las más naciones del mundo: treinta mil volúmenes se han impreso de mi historia, y lleva camino de imprimirse treinta mil veces de millares, si el cielo no lo remedia» (II, 16, págs. 662-663).

La presunción de la que hace gala: «en casi todas o las más naciones del mundo» y las hiperbólicas cifras de ejemplares impresos (los treinta mil volúmenes que da

⁸ Esteban de Terreros, que tiene una magnífica sensibilidad léxica, define al hombre de chapa como «valeroso, juicioso, prudente» y sitúa el vocablo en el ámbito familiar (Diccionario castellano con las voces de ciencias y artes, 1786-1788). Se trata, por tanto, de un equivalente, en otro registro, del discreto, el término con el que se alude al Caballero del Verde Gabán en el epígrafe del capítulo XVI: «De lo que sucedió a don Quijote con un discreto caballero de la Mancha» (II, 16, pág. 659). Sobre el papel de la discreción (y su relación con la prudencia) y, más específicamente, en el episodio del Caballero del Verde Gabán (aunque no menciona el epígrafe citado ni el «hombre de chapa» con que lo califica don Quijote), véase Da Costa Viera (2004).

por seguros y los treinta millones que espera), aunque hoy no nos sorprendan, resultaban entonces un clarísimo disparate, que ponía en evidencia la vanidad desenfrenada del personaje. En contraste, Sansón Carrasco había formulado un cálculo mucho más realista en los comienzos de la Segunda Parte: «el día de hoy están impresos más de doce mil libros» (II, 3, pág. 567).

La declaración de don Quijote no solo no resuelve la sorpresa y extrañeza del viajero sino que la aumenta porque no cree posible «hoy» que haya caballeros andantes ni «historias impresas de *verdaderas* caballerías»: «Antes ahora que lo sé [que es un caballero andante] quedo más suspenso y maravillado. ¿Cómo y es posible que hay *hoy* caballeros andantes en el mundo, y que hay historias impresas de *verdaderas* caballerías?» (II, 16, pág. 663).

La palabras del Caballero del Verde Gabán son una muestra directa, aunque cortés, de su sentido común, que pone en duda la existencia de caballeros andantes y, además, descalifica a los libros de caballerías por fingidos e inmorales, recordando el debate, en la Primera Parte, sobre los libros de caballerías del cura y el canónigo con don Quijote y la contraposición con los libros de historia («tan en daño [los libros de caballerías] de las buenas costumbres y tan en perjuicio y descrédito de las buenas historias», II, 16, pág. 663).

La réplica de don Quijote, defendiendo la veracidad de las historias caballerescas, le lleva al viajero a sospechar de su locura («de esta última razón de don Quijote tomó barruntos el caminante de que don Quijote debía de ser algún mentecato»), pero espera a sacar la conclusión cuando tuviera más elementos de juicio: «y aguardaba que con otras [razones, palabras] lo confirmase» (II, 16, pág. 664).

La contraposición de los dos personajes no es algo reducido meramente a una cuestión literaria, a un debate sobre los libros de caballerías y su historicidad, como había ocurrido en la Primera Parte con el cura y el canónigo. Ahora ese debate es solo una cuestión menor en una confrontación de mucho mayor alcance, la de dos estilos de vida, dos modelos vitales, tal como se va a poner de relieve en el resumen de sus vidas y en las demás circunstancias que aparecen a lo largo de tres capítulos.

La confrontación entre los dos personajes se había iniciado de un modo muy plástico (aunque al lector actual le resulte mucho más difícil reconstruirla y necesite las oportunas explicaciones o ilustraciones). Frente a la imagen anacrónica y desgarrada de don Quijote (la delgadez de su caballo, la longitud de su cuerpo, la flaqueza y color amarillo del rostro, la armadura desfasada y medio recompuesta), se presenta de repente la potente imagen visual de don Diego de Miranda, montado en una magnífica yegua, de paso vivaz, y su vistosa vestimenta, que revelan su buena posición social y su riqueza, además de mostrar, en su forma de ir a la moda, que su mundo es, sin género de dudas, el actual, sin la nostalgia del pasado que era consustancial

a la aristocracia e, implícitamente, al modelo caballeresco que pretende vivir don Quijote.

Por supuesto, la confrontación entre los dos modelos se pone de manifiesto con claridad en la síntesis de sus dos vidas. Es don Quijote quien solicita al viajero que dé cuenta de su vida («le rogó le dijese quién era», II, 16, pág. 664), pues él lo había hecho antes (al notar la extrañeza con que lo miraba).

Don Quijote había sintetizado su vida de forma bien sucinta porque responde simplemente a su idea de ser un caballero andante, en imitación voluntaria de sus modelos caballerescos. Pero, al dar cuenta de su vida, no refiere lo que ha vivido él, lo que ha sido su experiencia vital, sino la de sus modelos caballerescos, que no se corresponden en nada con la suya. En realidad, no ha llegado, pese a sus deseos, a socorrer viudas, doncellas, huérfanos y pupilos:

Salí de mi patria, empeñé mi hacienda, dejé mi regalo [‘comodidad’] y entregueme en los brazos de la fortuna, que me llevasen donde fuese servida [‘donde ella quisiera’]. Quise resucitar la ya muerta andante caballería, y ha muchos días que tropezando aquí, despeñándome acá y levantándome acullá, he cumplido gran parte de mi deseo, socorriendo viudas, amparando doncellas y favoreciendo casadas, huérfanos y pupilos, propio y natural oficio de caballeros andantes (II, 16, pág. 662).

La relación de su vida es experiencia vital en tan pequeña medida, que la cifra únicamente en su propio nombre, aprovechando la referencia a la publicación de la Primera Parte: «finalmente, por encerrarlo todo en breves palabras, o en una sola, digo que yo soy don Quijote de la Mancha, por otro nombre llamado el Caballero de la Triste Figura» (II, 16, pág. 663). Pero, para los lectores de la Primera Parte —y también para los de la Segunda porque se les ha informado de ello y de la naturaleza anti-heroica de la historia narrada—,⁹ su nombre no condensa un historial heroico, que anda en lenguas de la fama, sino una parodia de ese ideal heroico que él imagina.

En cambio, la síntesis que don Diego proporciona de su vida remite a una experiencia que corresponde de manera concreta a un tipo social y a un estilo de vida que podemos situarlo con precisión en el contexto social de la época (gracias en especial, para el *Quijote*, a estudios como los de Salazar Rincón 1986: 86-101 y Redondo 1995): el del hidalgo rural acaudalado.

En su respuesta a don Quijote para dar cuenta de su vida, don Diego de Miranda puede ser mucho más concreto que lo había sido su interlocutor porque refiere una

⁹ Puede verse un comentario sobre la manera en la que los primeros capítulos de la Segunda Parte informan del carácter anti-heroico de la historia de don Quijote en Martínez Mata (2008: 115-121).

experiencia que corresponde —de manera idealizada, claro— a un modelo social de su tiempo, no a una convención literaria mucho más imprecisa:

—Yo, señor Caballero de la Triste Figura, soy un hidalgo natural de un lugar donde iremos a comer hoy, si Dios fuere servido. Soy más que medianamente rico y es mi nombre don Diego de Miranda; paso la vida con mi mujer y con mis hijos y con mis amigos; mis ejercicios son el de la caza y pesca, pero no mantengo ni halcón ni galgos, sino algún perdigón manso o algún hurón atrevido. Tengo hasta seis docenas de libros, cuáles de romance y cuáles de latín, de historia algunos y de devoción otros; los de caballerías aún no han entrado por los umbrales de mis puertas. Hojeo más los que son profanos que los devotos, como sean de honesto entretenimiento, que deleiten con el lenguaje y admiren y suspendan con la invención, puesto que destos hay muy pocos en España. Alguna vez como con mis vecinos y amigos, y muchas veces los convido; son mis convites limpios y aseados y nonada escasos; ni gusto de murmurar ni consiento que delante de mí se murmure; no escudriño las vidas ajenas ni soy lince de los hechos de los otros; oigo misa cada día, reparto de mis bienes con los pobres, sin hacer alarde de las buenas obras, por no dar entrada en mi corazón a la hipocresía y vanagloria, enemigos que blandamente se apoderan del corazón más recatado; procuro poner en paz los que sé que están desavenidos; soy devoto de Nuestra Señora y confío siempre en la misericordia infinita de Dios Nuestro Señor (II, 16, pág. 664).

Si en sus primeras palabras alude a su interlocutor con el nombre que evoca los aspectos plásticos, «Caballero de la Triste Figura», lo que hace más evidente el contraste de imágenes, don Diego inicia el discurso de su vida, un acto egocéntrico por definición, con una muestra de generosidad: la invitación a comer, que será la primera de las señales de la hospitalidad que le caracteriza (acoge en su casa a don Quijote y Sancho, dispensándoles un trato magnífico, invita a comer con frecuencia y abundancia a sus vecinos y amigos).

El primero de sus rasgos vitales que evoca es, como espera el interlocutor, el de su posición social: es un «hidalgo». Se trata, pues, de un hidalgo rural, como don Quijote (vive en una aldea próxima al lugar del encuentro) pero, a diferencia de este, es un hidalgo acomodado («más que medianamente rico»), lo que le sitúa un grado por encima en el estamento de la nobleza rural: el de los caballeros.¹⁰ Si Alonso Quijano pasaba la mayor parte de su tiempo en la ociosidad (lo que, al cabo, propicia su

¹⁰ La sobrina había explicado con claridad la diferencia entre los dos grados y la inadecuada pretensión de Alonso Quijano de ser caballero: «¡Que se dé a entender que es valiente, siendo viejo (...) y, sobre todo, que es caballero, no lo siendo, porque aunque lo puedan ser los hidalgos, no lo son los pobres...!» (II, 6, pág. 591).

desmedida afición a los libros de caballerías: «los ratos que estaba ocioso — que eran los más del año —, se daba a leer libros de caballerías», I, 1, pág. 28), don Diego vive para su mujer, sus hijos¹¹ y sus amigos («paso la vida con mi mujer y con mis hijos y con mis amigos»).

Esa vida en función de sus próximos supone que el tiempo dedicado en actividades individuales (la caza y la lectura) sea más reducido. De ahí que, aunque practique entretenimientos propios de hidalgos rurales, no cace con halcón (una actividad en exceso aristocrática y gravosa)¹² ni con galgo, como lo hacía Alonso Quijano (que es de los hidalgos con «galgo corredor», I, 1, pág. 27), sino perdices con el reclamo del «perdigón» (la perdiz macho enjaulada) y conejos que saca de su madriguera el «hurón atrevido». Una caza enfocada, pues, a la productividad, a conseguir en el menor tiempo posible el mayor número de piezas, que servirán como alimento.

El canto del perdigón, la perdiz macho encerrada en una jaula, serviría para atraer a las hembras en periodo de celo y cazarlas con red. El hurón saca de sus madrigueras a los conejos, que caerían fácilmente en la red. Frente a la opinión de Percas de Ponsetti (1975: II, 337-338) de la caza con engaño como reveladora de la falsedad de don Diego, la caza con reclamo o con red no se percibía como una argucia innoble. La caza o la pesca deportiva, la pugna entre cazador o pescador y los animales como fin en sí misma, es un concepto de nuestra época. Salvo para la alta aristocracia (que justificaba la diversión de la caza en cuanto que ejercicio preparatorio para la guerra), la caza y la pesca han sido para la mayor parte de la población — como saben muy bien, aún hoy, los campesinos castellanos — formas de conseguir alimento de la naturaleza.

Hay notables diferencias entre la caza con galgo de Alonso Quijano y la que lleva a cabo don Diego. La caza con galgo, más entretenida, sería apropiada solo para quienes tuvieran abundante tiempo sin ocupaciones. El galgo solo caza liebres y, por muy bien que se diera (no da alcance a todas las liebres que persigue), no podría conseguir más de unas pocas liebres por jornada, poco más o menos la mitad de las seis u ocho carreras que aguantaría como máximo. En cambio, con el hurón podrían obtenerse veinte o treinta conejos en el día.

¹¹ Más adelante descubriremos que solo tiene un hijo, don Lorenzo, pero podría tener también otros hijos más pequeños, que no estuvieran en edad de hacer vida social, o, simplemente, podría tratarse de una incongruencia irrelevante.

¹² El propio Cervantes indica que la caza con halcón era propia de grandes señores y que el gasto que genera es muy superior al beneficio material: «la caza de altanería era digna de príncipes y de grandes señores pero que advirtiesen que con ella echaba el gusto censo [‘renta’] sobre el provecho a más de dos mil por uno [‘el gusto supera al provecho dos mil veces’]», *Novelas ejemplares (El licenciado Vidriera)*, pág. 282.

Tiene un número nada despreciable de libros («hasta seis docenas», algo menos que don Quijote, con «más de cien»,¹³ I, 6, pág. 60), tanto en lengua romance como en latín, es decir, una biblioteca variada (en mayor medida que la de don Quijote, compuesta por libros de caballerías, pastoriles y poéticos, como se pone de manifiesto en la revisión que efectúan el cura y el barbero en el capítulo sexto de la Primera Parte). Pese a esa diversidad, no da opción en ella a los libros de caballerías («los de caballerías aún no han entrado por los umbrales de mis puertas»), en actitud consecuente con la condena que había formulado poco antes («tan en daño de las buenas costumbres y tan en perjuicio y descrédito de las buenas historias», II, 16, pág. 663). Es, pues, una biblioteca modélica (Sánchez Aguilar la compara con la de Carlos V en Yuste al final de su vida), en la que da prioridad a los libros que le interesan como lector.¹⁴ Aunque hay espacio para los libros de historia y de devoción, manifiesta una clara predilección por los de «honesto entretenimiento», siempre que «deleiten con el lenguaje y admiren y suspendan con la invención», requisitos que muy pocos libros cumplen a su juicio («de éstos hay muy pocos en España»). La última precisión, «en España», daría pie a atribuirle, a pesar de algunas traducciones que podrían estar a su alcance, un conocimiento de textos italianos o, incluso, de textos europeos traducidos, algo poco probable en un hidalgo rural. También podríamos pensar que está trasluciendo una opinión del autor, poco verosímil en boca del personaje.

Esos requisitos que exige don Diego a los libros de entretenimiento (que «deleiten con el lenguaje y admiren y suspendan con la invención») se corresponden de algún modo con las recomendaciones del personaje del amigo del autor, en el Prólogo de la Primera Parte: «procurar que a la llana, con palabras significantes, honestas y bien colocadas, salga vuestra oración y periodo sonoro y festivo (...) procurad también que (...) el discreto se admire de la invención» (I, Prólogo, págs. 13-14). El deleite que produce el lenguaje y la admiración que tiene que despertar la invención estaban, pues, en los propósitos, formulados indirectamente, que el autor había confesado en el Prólogo. Con lo que podría pensarse que, al menos en lo que respecta a los libros de «entretenimiento», don Diego estaría manifestando las preferencias de Cervantes (en tanto en cuanto este hable por boca del personaje del amigo del autor, un evidente desdoblamiento de la voz autorial).

Como no cabría esperarse de otro modo, don Diego oye misa diariamente y se confiesa «devoto de Nuestra Señora», además de confiar en la «misericordia infi-

¹³ Los «más de trescientos» a que alude don Quijote en conversación con Cardenio (I, 24, pág. 229), resultan una evidente exageración. Los «más de cien» que tiene en su biblioteca el hidalgo suponen una cantidad considerable.

¹⁴ Álvarez (2007: 153) interpreta la moderación en el número de libros como un eco de Séneca, quien, en la segunda de sus *Cartas a Lucilo*, consideraba la abundancia de libros como fuente de dispersión.

nita de Dios Nuestro Señor». Una religiosidad intachable pero sin excesos, alejada de cualquier ostentación, que no resulta llamativa, pero que se manifiesta sincera y evangélica. En cambio, su comportamiento moral aparece descrito con mayor precisión. No solo es espléndido con vecinos y amigos y caritativo con los pobres («reparto de mis bienes con los pobres»), sino que, en especial, se manifiesta activamente contrario a la murmuración («ni gusto de murmurar ni consiento que delante de mí se murmure»), a juzgar el comportamiento de los demás («no escudriño las vidas ajenas ni soy lince [‘ni vigilo’] de los hechos de los otros»)¹⁵ y a la hipocresía y vanagloria («sin hacer alarde de las buenas obras, por no dar entrada en mi corazón a la hipocresía y vanagloria, enemigos que blandamente se apoderan del corazón más recatado»), además de perseguir la concordia («procuro poner en paz los que sé que están desavenidos»).

Refiere, pues, un comportamiento que es todo un programa moral. Algunos críticos han situado esas ideas morales en el epicureísmo cristiano de raíz erasmista.¹⁶ La espontánea reacción de Sancho («pareciéndole buena y santa [la relación de su vida]»), que le besa los pies casi con lágrimas y que explica como una forma de santidad («me parece vuesa merced el primer santo a la jineta que he visto en todos los días de mi vida», II, 16, pág. 665), reflejaría, aún desde la simplicidad candorosa de Sancho, la admiración que produciría su comportamiento. La expresión «santo a la jineta», aparte de producir comicidad por la capacidad de creación lingüística de Sancho, estaría contraponiendo la santidad de don Diego a la de los santos montados a la brida, los santos guerreros medievales, como otro Diego, Santiago Matamoros, que aparecería en las imágenes con el estribo largo (a la brida) con que montaban los caballeros para guerrear.¹⁷

La intervención de Sancho da pie a que don Diego, en lugar de negar la santidad al modo hipócrita de tantos eclesiásticos, rechace la atribución de Sancho de un modo

¹⁵ Como un rasgo estoico lo interpreta Álvarez (2007: 153), citando a Epicteto: «no hables de la gente reprendiendo o alabando o haciendo comparaciones» (*Enquiridón*, XXXIII, 2).

¹⁶ Véase el documentado análisis de Márquez Villanueva (1975: 167-183) y ahora Álvarez (2007). Si bien Márquez Villanueva interpreta una vida no del todo en correspondencia con las ideas morales que sustenta. Así, dice de la felicidad terrenal de don Diego «amasada toda ella de comodidad *con pretensiones* de virtud» (1975: 173, el subrayado es mío). Sobre el humanismo de Cervantes en general, véase ahora la muy ponderada reflexión de Canavaggio (2014).

¹⁷ Redondo (1995) considera el modelo de don Diego como un ejemplo de santidad laica enfrentado a dos imágenes de santidad, relacionadas con el carácter significativo del nombre (Diego): la de Santiago Matamoros, el san Diego tradicional, santo *a la brida*, que se correspondería con don Quijote, y la de san Diego de Alcalá, un fraile franciscano, que había sido hortelano, cuyo culto se había desarrollado a finales del XVI y comienzos del XVII, que se correspondería con Sancho en cuanto que «campesino sencillo, milagrero y sin letras».

sincero, sin rastro de vanagloria, a la vez que muestra admiración por la simplicidad y bondad natural de Sancho (al tiempo que desvía la atención hacia ella en vez de a su atribuida santidad): «No soy santo (...), sino gran pecador; vos sí, hermano, que debéis de ser bueno como vuestra simplicidad lo muestra».¹⁸ El elogio de don Diego de la bondad y simplicidad de Sancho mitigaría en alguna medida lo que el relato de su vida pudiera tener de autoalabanza. El grado de vanidad o soberbia que podría reflejar su relato, frente a la modestia del ideal erasmista, ha sido advertido por los críticos que juzgan negativamente al personaje. Pero, por otra parte, si no hay otro personaje que pueda referir esa vida modélica, resulta inevitable que sea el mismo don Diego quien lo haga (resaltando, además, su animadversión hacia la vanagloria, lo que contribuiría también a rebajar ese efecto).

Frente a la espontánea muestra de veneración de Sancho, capaz de sacar «a plaza la risa de la profunda melancolía de su amo», el silencio de don Quijote es interpretado por Márquez Villanueva (1975: 160 y 176-177) como una negación de la ejemplaridad moral del personaje, además de suponer el hermanamiento entre don Diego y Sancho Panza, de modo que «la vida llevada por este no es sino un compendio de valores sanchescos» (1975: 177). Pero la profunda melancolía de don Quijote no es aludida aquí como una reacción nada favorable a la relación de su vida que acaba de hacer don Diego, sino una referencia a su carácter, a su tristeza, en contraste con la risa que logra suscitar Sancho.

La reacción de Sancho, aparte de revelar su simplicidad y bondad de carácter, tal como aprecia don Diego, es también una manera de poner de manifiesto lo que la vida recién referida tiene de excepcionalidad, en definitiva, de modelo teórico lejos de lo que Sancho o cualquiera podría haber conocido.

Don Quijote conduce ahora el diálogo por otros derroteros al preguntarle al caballero por sus hijos. La respuesta de don Diego se centra en la decepción que para él supone que su hijo, estudiante en Salamanca, en lugar de dedicarse al estudio de las leyes o la teología, que facilitaban el acceso a las profesiones mejor remuneradas y más prestigiosas (los cargos de la Iglesia y de Audiencias o Consejos Reales), se entregue por completo al estudio de la poesía.

Las palabras de don Diego manifestando esa íntima contrariedad («tengo un hijo, que, a no tenerle, quizá me juzgara por más dichoso de lo que soy», II, 16, pág. 665) han sido notadas por quienes propugnan una interpretación negativa del personaje. Márquez Villanueva (1975: 214-215) considera que la vocación poética del hijo, incomprendida por el padre, «se alza como pararrayos, cifra y pretexto de una infelicidad de causas mucho más intrínsecas (...), [convirtiéndose en] la ruina del edificio de

¹⁸ En alusión a la *sancta simplicitas* de san Jerónimo por vía de Erasmo (como señaló Maravall 1976: 178).

su felicidad» (1975: 214). Resulta incomprensible, sin embargo, que el desencuentro entre padre e hijo en esta cuestión sea, en la interpretación de Márquez Villanueva, la causa por la que el personaje se desmoronaría de su carácter ejemplar para acabar representando una variante de locura («ejemplo y víctima del poder deshumanizador de la razón pura», 1975: 215). No puede atribuirse un papel tan desmesurado a la decepción del padre porque el hijo no satisface sus aspiraciones. Se trata en realidad de un problema bien frecuente, al que don Quijote da una respuesta bien sabia:

Los hijos, señor, son pedazos de las entrañas de sus padres, y, así, se han de querer, o buenos o malos que sean, como se quieren las almas que nos dan vida. A los padres toca el encaminarlos desde pequeños por los pasos de la virtud, de la buena crianza y de las buenas y cristianas costumbres (...); y en lo de forzarles que estudien esta o aquella ciencia, no lo tengo por acertado, aunque el persuadirles no será dañoso (II, 16, pág. 666).

Don Quijote añade, además, que cuando el estudiante tiene medios económicos suficientes, es decir, que no necesita el estudio de una profesión para ganarse la vida, bien podrían dejarle los padres seguir su vocación, incluso la de la poesía, «menos útil que deleitable».

De manera que la contrariedad de don Diego con la vocación de su hijo se convierte en un medio para tratar, por boca de don Quijote, un problema sin duda candente, el de las dimensiones de la ingerencia de los padres en la vocación de los hijos (paralelo, en cierto modo, al de su papel en la elección de cónyuge). Además, esa preocupación de don Diego le proporciona un rasgo de humanidad, convirtiendo lo que era un modelo de conducta excesivamente teórico en un personaje mucho más próximo a los problemas reales de los padres con los hijos.

La muy razonable respuesta de don Quijote se encamina después a la defensa de la poesía, convirtiendo de este modo la discrepancia de don Diego con la vocación de su hijo en una hostilidad hacia la poesía en general, interpretada por algunos críticos como una oposición entre carácter práctico —incluso mediocridad— y altura de miras. Pero don Diego ha mostrado su decepción porque no se ocupe en las ciencias prestigiosas, las que proporcionan los puestos más renombrados y lucrativos (no resultaría tan extraña esta aspiración del padre, ni mucho menos), mientras que el hijo se dedica a las discusiones técnicas en las que había desembocado algún humanismo: «Todo el día se lo pasa en averiguar si dijo bien o mal Homero en tal verso de la *Ilíada*; si Marcial anduvo deshonesto o no en tal epigrama; si se han de entender de una manera o otra tales y tales versos de Virgilio» (II, 16, págs. 665-666). Si bien su hijo, don Lorenzo, es poeta, su obsesión le emparenta más bien con los gramáticos

o con el tipo de estudioso que ha convertido el humanismo en una mera técnica, no muy distante por tanto del escolástico.

La muy extensa disquisición de don Quijote acerca de la poesía, a pesar de que el hijo de don Diego «no estima mucho la poesía de romance [‘en lengua romance’]» (II, 16, pág. 667), tratando acerca de la propia naturaleza de la poesía, de las características que debe tener, la que es rechazable (la que hace crítica personal), la defensa de la poesía en lengua romance, la necesidad de que el talento natural se ayude del arte y del conocimiento de la poesía en otras lenguas, desvía la atención desde el problema de don Diego con su hijo hacia la naturaleza y características de la poesía. Lo que legitimaría entender dicho problema como un medio principalmente para introducir un extenso comentario de naturaleza literaria, más que para poner en evidencia el conflicto filial de don Diego.

En el capítulo siguiente, la aparición por el camino de un carro con dos leones enviados al rey da lugar a un episodio, el del enfrentamiento de don Quijote con los leones (la «desatinada aventura», II, 16, pág. 669), que va a tener una importante incidencia en la relación entre los dos personajes (y, para algunos críticos, en la valoración del Caballero del Verde Gabán). Desde que este ha visto la extraña figura de don Quijote y ha oído sus opiniones está a la espera de formarse un juicio sobre él, aguardando a que sus palabras le confirmasen la primera impresión, la de que se trata de «algún mentecato [‘loco’]» (II, 16, pág. 664). En cambio, la extensa intervención sobre la afición poética del hijo resulta de todo punto digna de aprecio: «admirado quedó el del Verde Gabán del razonamiento de don Quijote, y tanto, que fue perdiendo de la opinión que de él tenía de ser mentecato» (II, 16, pág. 668). De manera que don Diego va mudando de opinión, «satisfecho en extremo de la discreción y buen discurso de don Quijote» (II, 16, pág. 669).

Pero el episodio va a comenzar de un modo bien distinto. Sancho acababa de comprar unos requesones a unos pastores, depositándolos en la celada de su amo. Cuando don Quijote, a la vista del carro, le reclama su celada con urgencia, Sancho, apurado, se la entrega con los requesones dentro. Su amo se la coloca a toda prisa en la cabeza sin reparar en los requesones, que, exprimidos, empiezan a soltar su suero, corriendo por el rostro y la barba del hidalgo. La reacción de don Quijote ante lo que aparece —para él— como incomprensible suceso resulta de todo punto cómica: «¿Qué será esto, Sancho, que parece que se me ablandan los cascos o se me derriten los sesos, o que sudo de los pies a la cabeza?» (II, 17, pág. 670). Las palabras de don Quijote y la justificación de Sancho, echándole la culpa a los encantadores, producen otra vez la sorpresa de don Diego: «todo lo miraba el hidalgo, y de todo se admiraba» (II, 17, pág. 671).

La determinación de don Quijote de enfrentarse sin motivo con los leones y sus cómicas palabras («¿Leoncitos a mí? ¿A mí leoncitos, y a tales horas?», II, 17, pág. 671) llevan a don Diego a confirmarse en su primera impresión sobre la locura de don Quijote: «¡Ta, ta! —dijo a esta sazón entre sí el hidalgo—. Dado ha señal de quién es nuestro buen caballero: los requesones sin duda le han ablandado los cascos y madurado los sesos» (II, 17, pág. 672). Y un poco más adelante el narrador confirma esta opinión: «no le pareció cordura tomarse [‘enfrentarse’] con un loco, que ya se lo había parecido de todo punto don Quijote» (II, 17, pág. 673).

Por dos veces trata don Diego de impedir el enfrentamiento con los leones con argumentos muy razonables:

Los caballeros andantes han de acometer las aventuras que prometen esperanza de salir bien de ellas, y no aquellas que de todo en todo la quitan; porque la valentía que se entra en la jurisdicción de la temeridad, más tiene de locura que de fortaleza. Cuanto más que estos leones no vienen contra vuestra merced, ni lo sueñan: van presentados [‘como presente’] a Su Majestad, y no será bien detenerlos ni impedirles su viaje (II, 17, pág. 672).

A los sensatos razonamientos de don Diego ofrece don Quijote una displicente y descortés respuesta:

Váyase vuesa merced, señor hidalgo (...), a entender con su perdigón manso y con su hurón atrevido, y deje a cada uno hacer su oficio. Este es el mío, y yo sé si vienen a mí o no estos señores leones (II, 17, pág. 672).

Sin darse por ofendido por las palabras de don Quijote, don Diego insiste en disuadirle de su temeraria pretensión:

Otra vez le persuadió el hidalgo que no hiciese locura semejante; que era tentar a Dios acometer tal disparate, a lo que respondió don Quijote que él sabía lo que hacía. Respondióle el hidalgo que lo mirase bien, que él entendía que se engañaba (II, 17, pág. 673).

Piensa incluso en impedirselo por la fuerza, «pero viose desigual en las armas y no le pareció cordura tomarse con un loco, que ya se lo había parecido de todo punto don Quijote» (II, 17, pág. 673).

Frente a la arrogancia y descortesía de don Quijote en sus intervenciones, don Diego no se siente ofendido (ningún caballero se vería ofendido por un loco) y trata de salvarlo de lo que parece una muerte absurda. Don Diego ha definido muy bien

el carácter temerario y, sobre todo, gratuito del enfrentamiento.¹⁹ Buena parte de los críticos que ensalzan la valentía demostrada por don Quijote en la aventura frente a la sensata prudencia de don Diego se sirven, para poner por encima la actitud de don Quijote, de las palabras en las que este reconoce como dos extremos la cobardía y la temeridad, señalando que «menos mal será que el que es valiente toque y suba al punto de temerario que no que baje y toque en el punto de cobarde» (II, 17, págs. 678-679). Olvidan, sin embargo, que don Diego ha destacado el carácter absurdamente gratuito del empeño, que convierte en inoperante la precisión de don Quijote, por bien argumentada que esté.

Una valoración negativa de la temeridad de don Quijote podríamos verla en un comentario del narrador, cuando el ventero es molido a palos por dos hombres que se marchaban sin pagar, acerca de cómo resulta inevitable que el que no sabe medir sus fuerzas sufra las consecuencias de su temeridad: «sufrá y calle el que se atreve a más de lo que sus fuerzas le prometen» (I, 44, pág. 462). También podría verse un correlato entre los argumentos de don Diego para disuadir a don Quijote y los de Lotario a Anselmo ante su disparatada y temeraria pretensión, que acabará en tragedia.²⁰

Y el propio don Quijote va a defender en otros lugares una tesis muy similar a la de don Diego (quien había afirmado que «la valentía que se entra en la jurisdicción de la temeridad, más tiene de locura que de fortaleza», II, 17, pág. 672). En primer lugar, cuando sale huyendo ante la lluvia de piedras del escuadrón de los del rebuzno. Ante el reproche de Sancho por haber huido, don Quijote afirma que «la valentía que no se funda sobre la base de la prudencia se llama temeridad, y las hazañas del temerario más se atribuyen a la buena fortuna que a su ánimo» (II, 28, pág. 767). Un capítulo antes, había explicado en un muy sensato y razonable discurso las razones que justificarían tomar las armas y arriesgar la vida, afirmando que quien lo hace sin motivo suficiente «carece de todo razonable discurso»:

Los varones prudentes, las repúblicas bien concertadas, por cuatro cosas han de tomar las armas y desenvainar las espadas y poner a riesgo sus personas, vidas y haciendas: la primera, por defender la fe católica; la segunda, por defender su vida, que es de ley

¹⁹ Por el contrario, Percas de Ponseti interpreta que la actitud de don Diego, que considera una huida «acobardado y temeroso», sugeriría «la venida a menos de la hidalguía española de principios del siglo XVII» (1975: II, 331).

²⁰ Don Diego le indica a don Quijote que su propósito es «tentar a Dios» (II, 17, pág. 673) y Lotario le dirá a Anselmo que lo que persigue «son cosas contra Dios» y que «es razón concluyente que el intentar las cosas de las cuales *antes nos puede suceder daño que provecho* es de juicios sin discurso y temerarios y más cuando quieren intentar aquellas a que no son forzados ni compelidos, y que de muy lejos traen descubierto que el intentarlas es *manifiesta locura*» (I, 33, pág. 334). Había señalado el paralelo de la actitud de don Diego con la de Lotario Redondo (1995: 281).

natural y divina; la tercera, en defensa de su honra, de su familia y hacienda; la cuarta, en servicio de su rey en la guerra justa; y si le quisiéremos añadir la quinta, que se puede contar por segunda, es en defensa de su patria. A estas cinco causas, como capitales, se pueden agregar algunas otras que sean justas y razonables y que obliguen a tomar las armas, pero tomarlas por niñerías y por cosas que antes son de risa y pasatiempo que de afrenta, parece que quien las toma carece de todo razonable discurso (II, 27, pág. 764).

Los críticos que aprecian el arrojo de don Quijote en el episodio de los leones pasan por alto no solo que Cervantes diferenciaría muy bien la temeridad gratuita de la valentía (él mismo había dado ejemplos de valor en la batalla de Lepanto y en el cautiverio de Argel), sino que el arrojo de don Quijote causa resultados contraproducentes casi siempre. Por ejemplo, el joven Andrés, cuando reencuentra al caballero, le echa en cara su acción: «déjeme con mi desgracia, que no será tanta, que no sea mayor que la que me vendrá de su ayuda de vuestra merced, a quien Dios maldiga, y a todos cuantos caballeros andantes han nacido en el mundo» (I, 31, pág. 319). En el episodio de los encamisados, el clérigo herido por don Quijote expone cómo los resultados conseguidos son opuestos a lo que declara («es mi oficio y ejercicio andar por el mundo enderezando tuertos y desfaciendo agravios»):

—No sé cómo pueda ser eso de enderezar tuertos —dijo el bachiller—, pues a mí de derecho me habéis vuelto tuerto, dejándome una pierna quebrada, la cual no se verá derecha en todos los días de su vida; y el agravio que en mí habéis deshecho ha sido dejarme agraviado de manera que quedaré agraviado para siempre; y harta desventura ha sido topar con vos que vais buscando aventuras (I, 19, pág. 222).

De manera paradójica, cuando se necesita su violencia —con la que amenaza a cualquiera que se cruce en su camino—, como en el caso del ventero, maltratado por dos huéspedes, don Quijote se niega a darla con un pretexto cómico: primero, manifiesta que no puede defender al ventero hasta obtener la licencia de la princesa Micomicona y, conseguida esta, porque quienes le golpean no son caballeros (I, 44, págs. 461-462).

La tensión implícita en la temeridad que quiere llevar a cabo don Quijote, desoyendo las repetidas y juiciosas advertencias de don Diego y el leonero, queda rebajada sustancialmente por los elementos cómicos introducidos por el narrador. En primer lugar, al poner de relieve cómo el dolor de Sancho por lo que cree segura muerte de su amo no llega a superar al miedo a los leones: «lloraba Sancho la muerte de su señor (...); pero no por llorar y lamentarse dejaba de aporrear al rucio para que se alejase del carro» (II, 17, pág. 674). En segundo lugar, por la referencia que hace

el narrador a los hiperbólicos elogios de Cide Hamete, que inevitablemente ponen en guardia al lector (como todo lo de Cide Hamete):

Y es de saber que llegando a este paso el autor de esta verdadera historia exclama y dice: «¡Oh fuerte y sobre todo encarecimiento [‘por encima de cualquier encarecimiento’] animoso don Quijote de la Mancha, espejo donde se pueden mirar todos los valientes del mundo (...) ¿Con qué palabras contaré esta tan espantosa hazaña, o con qué razones la haré creíble a los siglos venideros, o qué alabanzas habrá que no te convengan y cuadren, aunque sean hipérboles sobre todos los hipérboles? Tú a pie, tú solo, tú intrépido, tú magnánimo, con sola una espada, y no de las del perrillo cortadoras [‘y no de las que llevan la marca de Julián del Rey’, armero famoso], con un escudo no de muy luciente y limpio acero, estás aguardando y atendiendo los dos más fieros leones que jamás criaron las africanas selvas. Tus mismos hechos sean los que te alaben, valeroso manchego, que yo los dejo aquí en su punto, por faltarme palabras con que encarecerlos» (II, 17, págs. 674-675).

El obvio valor simbólico del enfrentamiento con el león, presente tanto en la épica (el león que se doblega ante el Cid, que va desarmado, en el *Cantar de Mio Cid*) como en los libros de caballerías, queda aquí parodiado por la forma en que el narrador combina las indicaciones que realzan el arrojo de don Quijote con otras que revelan el desprecio que el león muestra hacia el esforzado caballero. Por un lado, el león, al abrir la jaula, parece de «grandeza extraordinaria y de espantable y fea catadura», y, al sacar la cabeza de la jaula, el narrador comenta su «vista y ademán para poner espanto a la misma temeridad». Pero, por otro lado, el narrador indica cómo, en contraste con la tensión de la escena, el león bosteza bien despacio «y con casi dos palmos de lengua que sacó fuera se despolvoreó los ojos y se lavó el rostro», y cómo «el generoso león, más comedido que arrogante» ignora a don Quijote y le muestra «sus traseras partes», en un gesto que resulta simbólicamente despectivo (frente a los leones que lamen los pies al profeta Daniel o el que baja la cabeza ante el Cid), a la vez que el narrador degrada cómicamente el arrojo de don Quijote («no haciendo caso de niñerías ni de bravatas»): «después de haber mirado a una y otra parte, como se ha dicho, volvió las espaldas y enseñó sus traseras partes a don Quijote, y con gran flema y remanso se volvió a echar en la jaula» (II, 17, pág. 675).

El desprecio que el león manifiesta hacia don Quijote, que le está aguardando espada en mano, podría tener como base la creencia, a la que alude Erasmo, de que las fieras no hacen daño a los locos (al igual que tampoco son castigados por los hombres). En el *Elogio de la locura*, Erasmo pone en boca de la Estulticia cómo «se les tolera [a los locos] sin sanción todo cuanto dicen y hacen. Hasta tal punto nadie

desea hacerles daño, que las mismas fieras se contienen de herirles, como por cierta intuición de su natural inocencia» (pág. 105).

La «desatinada aventura» de los leones resulta paradójica porque el narrador ha parodiado su función simbólica, aunque, por otro lado, don Quijote habría dado muestras de un valor excepcional —si no fuera un acto de locura—, digno por primera vez en toda su historia de darle fama y renombre (de hecho, el leonero, desconocedor de la locura del caballero, promete contar la hazaña al mismo rey).²¹ Para don Diego, en cambio, la aventura le confirma que lo que dice don Quijote es «concertado, elegante y bien dicho», pero lo que hace le parece «disparatado, temerario y tonto» (II, 17, pág. 677).

Aunque aprecia su intrepidez (al menos en la emoción del momento, después de la aventura de los leones), don Diego se ha reafirmado con lo que ha ocurrido en la locura de don Quijote, que, en relación a la sabiduría de lo que dice, le convierte en un «cuerdo loco y un loco que tira a cuerdo»:

¿Qué más locura puedes ser que ponerse la celada llena de requesones y darse a entender que le ablandaban los cascos los encantadores? ¿Y qué mayor temeridad y disparate que querer pelear por fuerza con leones? (II, 17, pág. 677).

Así, a su hijo le explica que le ha visto «hacer cosas del mayor loco del mundo y decir razones tan discretas, que borran y deshacen sus hechos»; si bien, «para decir verdad, antes le tengo por loco que por cuerdo» (II, 18, pág. 681).

Otra consecuencia del episodio es, por un lado, servir de confirmación a don Diego de la locura de don Quijote («no le pareció cordura tomarse [‘enfrentarse’] con un loco, que ya se lo había parecido de todo punto don Quijote», II, 17, pág. 673), y, por otro, que don Diego, como resultado de ese convencimiento, le trate como tal, es decir, desiste de razonar discretamente con él, como había hecho hasta entonces, y sigue la máxima popular de no llevar la contraria a los locos: «todo lo que vuesa merced ha dicho y hecho va nivelado con el fiel [‘la aguja de la balanza’] de la misma razón, y (...) si las ordenanzas y leyes de la caballería andante se perdiesen, se hallarían en el pecho de vuesa merced como en su mismo depósito y archivo» (II, 17, pág. 679). Aunque, a diferencia de los duques o don Antonio Moreno, don Diego no se burlará de sus ensoñaciones caballerescas ni se aprovechará de ellas para divertirse a su costa. Antes, al contrario, le tratará con extrema cortesía y generosidad.

²¹ Colahan y Rodríguez (1987) efectúan un análisis del elemento paródico de la aventura respecto del *Amadís*, en relación con Amadís como «caballero de la verde espada» y su enfrentamiento con el Endriago. También nota la relación irónica del apodo de don Diego con el «caballero de la verde espada» Günter (2007).

La estancia de don Quijote y Sancho en la casa de don Diego refleja la hospitalidad del caballero rural y de su familia, a la vez que proporciona una nueva ocasión, esta vez en diálogo con el hijo, don Lorenzo, para examinar la condición de don Quijote.

El caballero va a ser recibido con muestras de sincera hospitalidad por parte de la mujer y el hijo de don Diego: «La señora, que doña Cristina se llamaba, le recibió con muestras de mucho amor y de mucha cortesía (...) Casi los mismos comedimientos [‘cortesías’] pasó con el estudiante» (II, 18, pág. 680). La mujer de don Diego se esmera en agasajar a los invitados («quería la señora doña Cristina mostrar que sabía y podía regalar [‘agasajar’] a los que a su casa llegasen», II, 18, pág. 681). De manera que don Quijote permanece cuatro días en la casa «regaladísimo» (II, 18, pág. 687). La generosidad de don Diego se muestra también en el ofrecimiento que hace a su invitado en la despedida para que «tomase de su casa y de su hacienda todo lo que en su grado [‘a su gusto’] le viniese, que le servirían con la voluntad posible» (II, 18, pág. 688).

Las características concretas de la casa son escamoteadas irónicamente por el traductor, que prefiere omitir los detalles («porque no venían bien con el propósito principal de la historia, la cual más tiene su fuerza en la verdad que en las frías digresiones», II, 18, pág. 680), volviendo al juego de que se está narrando una historia real. Una broma con el lector que reaparece cuando unas líneas más adelante se señala que don Quijote se había lavado la cabeza «con cinco calderos o seis de agua, que en la cantidad de los calderos hay alguna diferencia» (II, 18, pág. 681), como si se tratara de un punto discutido por los historiadores.

Pero los detalles concretos de la vivienda no son necesarios porque bastaría imaginarse «lo que contiene una casa de un caballero labrador y rico» (II, 18, pág. 680). Antes el narrador había precisado que es «ancha como de aldea», que tiene escudo de armas («de piedra tosca») encima de la puerta, bodega en el patio, despensa en el portal «y muchas tinajas a la redonda» (II, 18, pág. 679), que, por ser del Toboso, le renuevan a don Quijote la memoria de su amada, expresándola con los versos de Garcilaso («¡Oh dulces prendas, por mi mal halladas / dulces y alegres cuando Dios quería», II, 18, pág. 680). La evocación garcilasiana («Oh tobosesca tinajas, que me habéis traído a la memoria la dulce prenda de mi mayor amargura») resultaría claramente cómica por la falta de decoro (las tinajas).

Otro elemento de la vivienda que resulta señalado es el «maravilloso [‘inusitado’, ‘sorprendente’] silencio», lo que más agrada a don Quijote, un silencio «que semejava un monasterio de cartujos» (II, 18, pág. 684). Márquez Villanueva (1975: 163-167) asociaba este silencio al silencio místico, a su destacado papel en el ámbito de la literatura ascético-mística, que culminaría con la espiritualidad carmelita

(fray Francisco de Osuna y santa Teresa, su discípula). La actitud contemplativa que implica el aprecio de ese silencio la atribuye Márquez Villanueva únicamente a don Quijote, introduciendo un elemento más de diferenciación (en detrimento de don Diego, de acuerdo con el sesgo general de su análisis): «Si el *maravilloso silencio* eleva el espíritu de don Quijote, al caballero del Verde Gabán solo le sirve para dormir mejor la siesta. El sesteo que es toda su vida» (1975: 176).

Con independencia de la significación que pueda adquirir el aprecio que hace don Quijote del sorprendente silencio de la casa, podría pensarse que es también un rasgo social: el silencio como consecuencia del reducido número de criados, frente a los usos de la nobleza cortesana, que alardea de criados y libreas en cuanto que se convierten en un signo de ostentación.

El poder de evocación de ese «maravilloso silencio» haría surgir ante los lectores la casa de don Diego, no como pintura o representación (los detalles descriptivos que supuestamente han sido omitidos por el traductor), sino como sensación o experiencia (Trueblood 1956: 49). Por otra parte, para don Quijote la expresión «maravilloso silencio» desempeña el papel de ensalzar la situación, de dar singularidad al escenario y al ambiente (por ejemplo, frente al ruidoso de la venta). En su fantástica evocación de la llegada de un caballero a un misterioso castillo, en un ambiente ultraterreno (la aventura del lago hirviente), las doncellas le atienden de modo señorial «guardando un maravilloso silencio» (I, 50, pág. 511).

Para Trueblood (1958: 179), el «maravilloso silencio» que admira don Quijote haría aflorar en él un anhelo de paz, bien distinto del que lo impulsa a ser caballero andante, el anhelo de volver de nuevo a su tranquila existencia como hidalgo rural, a renunciar a la aventura y el esfuerzo. Quizá como un anticipo o parte del proceso de preparación a la renuncia definitiva que don Quijote terminará por llevar a cabo.

El diálogo que se entabla en la casa entre don Quijote y don Lorenzo, el hijo de su huésped, no solo sirve para juzgar al caballero, obedeciendo el encargo del padre («háblale tú y toma el pulso a lo que sabe, y, pues eres discreto, juzga de su discreción o tontería lo que más puesto en razón estuviere», II, 18, pág. 681). Como había ocurrido antes, en el diálogo con don Diego, ahora también aparecerán los temas literarios de manera preeminente. A propósito de la afición poética de don Lorenzo, tratan del género de las glosas, de las justas literarias y sus premios (al igual que de los premios académicos) e, inevitablemente, de la caballería andante. Don Lorenzo acepta la invitación de don Quijote de recitar una glosa y un soneto, lo que provoca el hiperbólico elogio de don Quijote («¡Viven los cielos donde más altos están, mancebo generoso, que sois el mejor poeta del orbe, y que merecéis estar laureado [...] por las academias de Atenas [...] y París, Bolonia y Salamanca!», II, 18, pág. 686).

El disparatado elogio da pie al narrador para comentar la irresistible fuerza de la adulación, aunque sea en boca de un loco: «¿No es bueno que dicen que se holgó don Lorenzo de verse alabar de don Quijote, aunque le tenía por loco? ¡Oh fuerza de la adulación, a cuanto te extiendes, y cuán dilatados límites son los de tu jurisdicción agradable!» (II, 18, págs. 686-687). La facilidad con que don Lorenzo cae en los brazos de la adulación, a pesar de que poco antes había concluido con seguridad la locura de don Quijote («él es loco bizarro y yo sería mentecato flojo [‘débil mental’] si así no lo creyese», II, 18, pág. 684), recuerda la burla de Erasmo de los poetas por su debilidad ante la adulación: «[En boca de la Estulticia] De todos mis deudos son éstos [los poetas] los más estrechamente emparentados con el Amor Propio y la Adulación y los que me rinden culto más sincero y constante» (*Elogio de la Locura*, pág. 133).

El encuentro con don Diego de Miranda desempeña, como se ha señalado, una importante función, la de ofrecer un examen de la locura de don Quijote, juzgada por el prisma de don Diego y de su hijo. Si la disonancia entre los hechos y buena parte de las palabras de don Quijote producen la confusión inicial de padre e hijo, ambos acabarán sacando una conclusión, que se revela como el juicio más atinado en toda la obra sobre la locura del caballero. Don Diego afirmará de él, casi como resumen de otras intervenciones ya citadas: «le he visto hacer cosas del mayor loco del mundo y decir razones tan discretas, que borran y deshacen sus hechos», si bien «antes le tengo por loco que por cuerdo» (II, 18, pág. 681). El juicio de don Diego no está basado, como el de otros personajes de la Segunda Parte, en un condicionante previo, su conocimiento del personaje por la lectura de la Primera Parte de su historia, como recuerda el narrador,²² sino que está determinado en lo que le ha oído y visto hacer. El examen se produce por duplicado, gracias a la intervención del hijo, don Lorenzo. Instigado por su padre, enjuicia a don Quijote, en situaciones distintas, para llegar a la misma conclusión, que, si bien es rotunda («no le sacarán del borrador de su locura cuantos médicos y buenos escribanos tiene el mundo [nadie podrá librarle de su locura]»), proporciona una acertada definición del personaje: «él es un entreverado [‘entremezclado’] loco, lleno de lúcidos intervalos» (II, 18, pág. 684).

Por otra parte, hemos visto que todo el episodio del Caballero del Verde Gabán viene a ser una contraposición de dos modelos morales y, en especial, sociales: el del anacrónico y desvariado caballero andante frente al del caballero acaudalado que se dedica a hacer el bien a los suyos. No se trata solo de la confrontación entre la aventura y el sosiego, entre el camino, abierto a un sin fin de posibilidades, y la casa,

²² «No había aún llegado a su noticia la primera parte de su historia, que si la hubiera leído cesara la admiración [‘suspensión’, ‘sorpresa’] en que lo ponían sus hechos y sus palabras, pues ya supiera el género de su locura» (II, 17, pág. 677).

donde todo está más o menos previsto.²³ Además de dos formas de entender la vida, son dos maneras distintas de actuar, dos modelos de comportamiento social para personas que pertenecen al mismo estamento. Por un lado, la búsqueda ilusoria de fama, en la que las motivaciones altruistas (socorrer viudas, doncellas y huérfanos) resultan irreales y los fines conseguidos, casi siempre los contrarios a los declarados. La ansiedad de la fama, del renombre, está tan imbricada con las motivaciones teóricamente altruistas, que se muestra predominante. Por otro lado, aparece ahora el modelo de quien es capaz de conseguir el bienestar material y espiritual de sus prójimos (familia, amigos, vecinos), haciéndoles partícipes de sus bienes y extendiendo sus virtudes. Por los rasgos de conducta que muestra, en especial, el tipo de caza que efectúa, podríamos deducir que esa abundancia de bienes, procede, más que de la transmisión hereditaria —como sería el caso de la nobleza de título con posibles (el caso de don Fernando en la Primera Parte o los duques en la Segunda)—, de la eficaz administración y explotación de la hacienda propia, como había ocurrido, en la Primera Parte, con la de Dorotea, cuyos padres podían aspirar a ser considerados dentro del estamento de caballeros, pese a ser labradores, «gente llana», ya que «su riqueza y magnífico trato les va adquiriendo nombre de hidalgos, y aun de caballeros» (I, 28, pág. 278). La diferencia se encontraría en la hidalguía de don Diego, afirmada por él y reflejada en el escudo de armas de su casa. Si Dorotea se ocupa de administrar eficazmente su hacienda (tratando con los mayores, contratando y despidiendo criados, dirigiendo lo que se sembraba y lo que se recogía, supervisando «los molinos de aceite, los lagares de vino, el número del ganado mayor y menor, el de las colmenas», I, 28, pág. 278), cabría deducir que don Diego lleva a cabo esa misma actividad con gran provecho. Podría pensarse, por los rasgos que nos proporciona Cervantes, los pequeños detalles que construyen al personaje, que la base de su riqueza es la supervisión eficaz de su hacienda, el control de criados y peones: «el ojo del dueño es el estiércol que más engrasa la tierra» (Marcos Antonio Camos, *Microscopia y gobierno universal del hombre cristiano*, 1592, pág. 217; citado en Salomon 1968: 5).

Si bien resulta indudable que el modelo de don Diego se construye también sobre determinadas cualidades morales (el epicureísmo cristiano de raíz erasmista),²⁴ la

²³ Casaldueiro había ya señalado «la casa en oposición al camino» (1949: 252).

²⁴ Pese a examinar con detalle su base en las virtudes del epicureísmo cristiano, en la moral de don Diego supone Márquez Villanueva una falla, «porque si en un Sancho [esa moral] puede hasta causar edificación, a un don Quijote ha de parecerle estrecha y negativa, un estilo de vida derrotista, hipotecado por el egoísmo exento de gallardía» (1975: 181). Una consideración negativa que se trasluce en todo su estudio al identificarse en mayor medida con el punto de vista de don Quijote. Por su parte, Álvarez (2007) encuentra dos modelos morales y vitales enfrentados, el epicúreo encarnado en don Diego, en cuanto representación del ideal epicúreo de felicidad como ausencia de dolor (*aponía*) o

confrontación entre los dos modelos, los representados por don Diego y don Quijote, no se efectúa en el plano moral fundamentalmente sino en el vital y social, en la forma de vida que dan muestra, la anacrónica y desatinada de don Quijote —en cuanto que se identifica con los caballeros andantes, no en relación con sus virtudes morales y sus sabias opiniones sobre otros temas— y la sensata y productiva de don Diego.²⁵

Don Diego refleja sin duda valores morales del epicureísmo cristiano, pero no se constituye en un ejemplo del mismo sino de un modo de vida que tiene naturaleza social. El epicureísmo reniega de la actividad enfocada a conseguir riqueza, mientras que propone, en cambio, alcanzar la felicidad a través de la ataraxia. La riqueza en sí misma no es un valor para don Diego sino la prosperidad. Aun cuando prosperidad o utilidad son conceptos que adquirirán un enorme relieve un siglo más tarde, podemos ver en don Diego a un personaje cuya vida aparece encaminada con ese fin (además de otros propósitos morales ya señalados: rehuir la murmuración, la vanagloria y la falsa piedad, perseguir la concordia, etcétera). No se trata, por supuesto, del concepto de utilidad que tan importante papel desempeñará en el ideario de la Ilustración (la utilidad pública, el fin al que deben encaminarse las actividades de los hombres), sino una utilidad concebida con una finalidad mucho más reducida: familia, amigos y vecinos.

Frente al epicureísmo, no hay referencias que puedan apoyar el énfasis en don Diego en la idea de la contención ante los deseos, de desapego ante los bienes de fortuna, una idea fundamental en el epicureísmo.²⁶ El texto tampoco da pie a considerar en don Diego, la mesura, la contención ante los bienes terrenales que propugnan los epicúreos.²⁷ Podemos ver en él a un personaje que emplea su inteligencia, su discre-

de turbación (*ataraxia*), y, confrontado a este, el estoico de don Quijote, ejemplo de *apatía* estoica al soportar con rigor lo que la Naturaleza dispone para su persona, convencido de que sus obras darán muestra de su virtud interior.

²⁵ Para Pope (1971), el ejemplo de don Diego pondría a don Quijote ante la alternativa entre pobreza y riqueza. La tentación que ejerce don Diego con su vida acomodada —en el contexto también del episodio de las bodas de Camacho y de los sinsabores de la pobreza que experimenta el hidalgo con ocasión de la rotura de las medias en el palacio de los duques— resaltaría dramáticamente la elección de don Quijote por la pobreza implícita en su trayectoria caballeresca.

²⁶ En los textos de Epicuro puede verse: «La Naturaleza nos enseña a considerar insignificantes las concesiones de la Fortuna, a no valorarla en exceso. Nos enseña también a aceptar con serenidad los bienes deparados por el azar y a mantenernos firmes ante lo que parecen ser sus males. Porque efímero es todo bien y todo mal estimado por el vulgo y la sabiduría nada tiene que ve con la Fortuna» (citado en Álvarez 2007: 149).

²⁷ El «alguna vez» con que come con sus vecinos y amigos ha sido interpretado por Álvarez (2007: 149) como exponente de esa mesura. Pero en el texto «alguna vez» corresponde a las ocasiones en las que es invitado, frente a las muchas en las que él invita (y sus convites no son mesurados, «no nada esca-

ción en obtener la máxima prosperidad a sus posesiones en beneficio suyo y de sus próximos.

Para don Diego la caza no sería un simple entretenimiento, un elemento del ocio de la nobleza (que había sido justificada en último término, aunque hubiera perdido ya ese valor, como ejercicio preparatorio para la guerra). Por el modo con que la lleva a cabo, la caza sería para él una actividad productiva, una forma de aprovechar las riquezas de la naturaleza, una más de quien se ocupa del gobierno y administración de su hacienda, de dirigir la siembra y la recolección, los lagares, el ganado, las colmenas...

Por las mismas razones, habría que desechar la oposición entre vida activa y ociosa que se ha visto tantas veces en la confrontación entre don Quijote y don Diego. La estancia de don Quijote en la casa de don Diego supone, desde luego, un paréntesis de paz y ocio en la trayectoria de aquel, enfocada a la aventura; pero no podemos extender esa conclusión a la vida de don Diego, a quien podemos suponer que, si confiesa ser «más que medianamente rico», no lo obtenido únicamente por herencia sino gracias al ejercicio de su discreción, de su saber hacer en el gobierno de la hacienda, como en el caso de otros labradores ricos en el *Quijote*. Si don Quijote contrapone el modelo de los caballeros andantes con los cortesanos, don Diego no se corresponde en absoluto con aquellos. Su modo de vida le aproxima al tipo social del labrador rico, empeñado en conseguir el bienestar material.

Aunque de distinto origen social, distinta *naturaleza* en la concepción de la época, don Diego comparte la riqueza —y, puede deducirse, el modo de conseguirla— como rasgo positivo con otros personajes que son presentados como labradores ricos. Coincide también con el momento en el que se inicia la revalorización del campesino rico en el teatro (estudiada por Salomon 1965). Hay seis casos en el *Quijote* de labradores calificados como «ricos», lo que refuerza enormemente su posición social. Son los siguientes: Juan Haldudo, «el rico», vecino de Quintanar (I, 4, pág. 50); el padre de Marcela, «Guillermo el rico» (I, 12, pág. 103); los padres de Dorotea, «humildes en linaje, pero tan ricos» (I, 28, pág. 278); el padre de Leandra («la riqueza del padre y la belleza de la hija movieron a muchos... a que por mujer se la pidiesen», I, 51, pág. 516); Camacho «el rico» (II, 20, pág. 697); y el padre del muchacho que burla con palabra de esposo a la hija de doña Rodríguez («labrador riquísimo», II, 48, pág. 915). En todos ellos, se percibe una posición social apreciable, pese a carecer de nobleza, que lleva, por ejemplo, a que sus hijas sean pretendidas por jóvenes ricos o de posición social superior, o que pueden llegar a ejercer alguna influencia sobre la nobleza, como el «labrador riquísimo» que se ha convertido en

«Alguna vez como con mis vecinos y amigos, y muchas veces los convido; son mis convites limpios y aseados y no nada escasos» (II, 16, p. 664).

prestamista y fiador del duque («le presta dineros y le sale por fiador de sus trampas por momentos [‘continuamente’]»), II, 48, pág. 915), de modo que el duque pase por alto el incumpliendo del compromiso de matrimonio efectuado por su hijo. La veracidad histórica de estos personajes ha sido puesta de manifiesto por Salomon (1968), aportando un buen número de referencias en testimonios históricos o relaciones de viajeros que confirman la existencia de este tipo de riqueza agrícola.

En líneas generales, son personajes que aparecen con unas connotaciones más positivas que los pertenecientes a los niveles más altos, como don Fernando, prepotente y dominado por sus pasiones, y los duques, de conducta frívola, insensibles a las reconvenciones del eclesiástico.²⁸ Cervantes no pone reparos, antes al contrario proporciona una imagen positiva de aquellos personajes que consiguen la riqueza por medio de una bien gestionada explotación de los recursos naturales, frente a quienes, como don Fernando y los duques, se limitan simplemente a vivir a cuenta del patrimonio heredado.

La frontera de la hidalguía que separa a don Diego de los labradores ricos es en el *Quijote* una divisoria permeable por el dinero, como puede observarse en el caso de los padres de Dorotea, a quienes, pese a tratarse de villanos, la riqueza les va permitiendo alcanzar casi insensiblemente («poco a poco») la categoría social del caballero: «tan ricos que su magnífico trato les va poco a poco adquiriendo nombre de hidalgos y aun de caballeros» (I, 28, pág. 278). Para Cervantes, la riqueza agraria podía convertirse en un camino válido para adquirir honra los villanos, como en el caso del padre de Leandra, del que se dice que la virtud coloca en un lugar más elevado la honra que había adquirido ya por su riqueza: «había un labrador muy honrado, y tanto, que aunque *es anejo al ser rico el ser honrado*, más lo era él por la virtud que tenía que por la riqueza que alcanzaba» (II, 51, págs. 515.516). Por otro lado, había voces que defendían la ocupación agrícola («aunque sea con propias manos») como compatible con la nobleza:

Es opinión asentada en derecho que el labrar las tierras y heredamientos, cuando son propios, aunque sea con propias manos, no solo no perjudica a la nobleza y pretensión de cualquier dignidad y cargo honroso mas que es hecho de reyes y grandes príncipes, y de nobles señores, y el más loable trato de cuantos la nobleza puede inventar (...) Porque, de todas las cosas que se adquiere algo, ninguna mejor que la labranza, ni la hay que para adquirir sea más abundante, ni más suave, ni más digna de hombre noble (Martín González de Cellorigo, *Memorial de la política necesaria, y útil restauración a la república*

²⁸ Además del comportamiento condenable del duque puesto de manifiesto por el hecho de que necesite los préstamos del labrador y de que se haga fiador continuamente «de sus trampas» (II, 48, p. 915).

de España y estados de ella, y del desempeño universal de estos reinos, 1600; citado en Redondo 1995, pág. 276).

Con el Caballero del Verde Gabán, Cervantes anticipa o prefigura —sin definirla, solo desde la perspectiva vital que muestra el personaje— la idea de lo que después Jovellanos llamará «la felicidad terrenal del hombre», es decir, una existencia —al tiempo que virtuosa y, como no podía ser menos, cumplidora con sus obligaciones religiosas— enfocada a conseguir la prosperidad material en beneficio propio y de los prójimos.

La interpretación romántica del *Quijote*, que, como es sabido, idealiza al protagonista, lleva a una descalificación automática de los personajes que se oponen a los designios del caballero o que se ofrecen como modelo enfrentado (el caso de don Diego de Miranda). No solo se enjuicia al personaje sin atender a lo que indica el texto de manera meridiana sino que, relegándole sin más al estereotipo del hidalgo rural con abundantes medios económicos, no se le sitúa en el contexto de la dinámica entre el sistema de valores y las experiencias sociales propias de su clase. Yun Casalilla (2005: 65) resalta que la realidad no confirma la división tan rígida que se suele seguir entre la mentalidad aristocrática y la llamada mentalidad burguesa. En esa línea, pone en evidencia que la propia gestión eficiente del patrimonio tiene una dimensión moral, más allá de su función económica, vinculada a la obligación de los nobles —aunque sea en el nivel más bajo, hidalgos y caballeros— de atender a las necesidades de quienes dependen de él (Yun Casalilla 2005: 53-56).

En contra de esa moral social iría el comportamiento de Alonso Quijano, despreocupándose de la gestión de su patrimonio por culpa de su entusiasmo desenfrenado por los libros de caballerías, de manera que «olvidó casi de todo punto el ejercicio de la caza y aun la administración de su hacienda». Su irresponsabilidad vendría señalada en la observación del narrador: «y llegó a tanto su curiosidad y *desatino* en esto, que vendió muchas fanegas de tierra de sembradura para comprar libros de caballerías» (I, 1, pág. 28).

El creciente interés de los nobles por una gestión eficiente de sus propiedades hay que situarlo en el contexto del cambio cultural que había desencadenado el Humanismo, propiciando una nueva mentalidad enfocada a una virtud cívica que, frente a los valores aristocráticos de rechazo del trabajo y de la ostentación, valora la frugalidad y la productividad económica. Incluso podría apreciarse también una dimensión religiosa de plena actualidad por la controversia luterana: la de la salvación por las obras. Esa nueva moral social puede llevar a que se considere, como lo hace Juan de Pineda en 1589, el trabajo agrícola compatible con la nobleza:

No es de nobles y poderosos ir a trabajar a las heredades ajenas, mas no se pierde la nobleza por ir a las suyas y echar mano de algo para más avivar los ánimos de los trabajadores, y para mirar por su hacienda y ordenar cómo ha de ir cada cosa, pues, como dijo el otro prudente, no hay mejor estiércol para la heredad que la huella de su dueño (*Los treinta y cinco diálogos familiares de la agricultura cristiana*, pág. 125).

Don Diego de Miranda, pese a que sin duda se lo podría permitir y supondría un signo de distinción social, no mantiene halcón (ni siquiera galgos), porque resultaría un derroche incompatible con su mentalidad. Caza con hurón y con el reclamo del perdigón precisamente por su productividad, no porque produzca mayor solaz.

Su condición de caballero, con un linaje atestiguado por el escudo de armas sobre la puerta principal, no llega a ser un obstáculo para que su dedicación fuera muy semejante a la de Dorotea con el propósito de la productividad, de la gestión eficiente de la hacienda. Frente a las rígidas concepciones historiográficas, que compartimentan de modo estanco las actividades de la nobleza, por un lado, y del pueblo llano, por otro, estudios como los de Yun Casalilla (2005) ponen de manifiesto que una parte de la nobleza castellana en tiempos del *Quijote* desarrolló un creciente interés por la gestión eficiente de sus propiedades sin desdoro de su condición.

Pese a que, como hemos visto, el Caballero del Verde Gabán resulta caracterizado por su *discreción*, el modelo social que representa no se corresponde con el del cortesano, el tipo en el que el siglo XVII ve encarnada la discreción.²⁹ Por consiguiente, no puede relacionarse con el modelo del *honnête homme*, como propone Casaldueiro (1949: 253), a pesar de coincidir con los rasgos de moderación y equilibrio, ya que el *honnête homme* está vinculado al cortesano, como indica, por ejemplo, Nicolas Foret en *L'Honnête homme ou l'Art de plaire à la cour* (1630). No es la discreción que actúa guiada por los criterios de elegancia o sutileza, sino la de la bondad activa, la de un modelo social utilitarista, según indicábamos. Pero tampoco se relaciona con las exhortaciones al trabajo manufacturado, la tratadística del *remedio de pobres*,³⁰ por cuanto estas incitaciones a la fabricación de *mercaderías* no van destinadas a los hidalgos.

El caso de don Diego de Miranda se parece más, en lo que tiene de entrega a uno mismo y de relación amable con sus semejantes, a lo que Charron, discípulo de Montaigne, había llamado la *preud'hommie* (Pierre Charron, *De la sagesse*, 1601). Aunque Cervantes, como es obvio, no habría tenido oportunidad de conocerlo. Si bien la *preud'hommie* es un modelo moral más que social, la actitud social que propugna

²⁹ El carácter cortesano — y rentista — de la medianía moral que propone Antonio López de Vega (*Heráclito y Demócrito de nuestro siglo*, 1641) diferiría también del ejemplo de don Diego.

³⁰ Véase, por ejemplo, Cavillac (2004)

Charron es la de que cada cual debe ocuparse prioritariamente de lo que depende de sí, cumpliendo las obligaciones públicas con aristotélica moderación —lejos de las ambiciones del cortesano—, lo que sintetiza en el lema «se prester à autrui, ne se donner qu'à soy» ('prestarse a los otros, entregarse sólo a sí mismo').³¹

La actitud social de don Diego, preocupado por el bienestar de sus próximos, frente al afán de medro del cortesano, se corresponde bien con la propuesta que efectuará, un siglo más tarde, Claude Buffier, uno de los redactores de las *Mémoires de Trévoux* y elogiado por Voltaire: «Le soin de travailler à rendre heureux ceux avec qui nous vivons est le même que le soin de servir Dieu et de nous rendre nous-même heureux» (*Traité de la société civile*, 1726, pág. 27).³²

El modelo social que propone Cervantes en el personaje de don Diego sería un reflejo de un cambio moral y social —que cristalizará más adelante— consecuencia del nuevo contexto social y económico y de los nuevos paradigmas que el Humanismo había contribuido a establecer.

Obras citadas

Adam, Michel, *Etudes sur Pierre Charron*, Burdeos, Presses Universitaires de Bordeaux, 1991.

Álvarez, Josefa, «El caballero del Verde Gabán: algunas consideraciones desde el epicureísmo y el estoicismo», *Anales Cervantinos*, XXXIX, 2007, págs. 147-158.

Bernis, Carmen, *El traje y los tipos sociales del «Quijote»*, Madrid, El Viso, 2001.

Bonilla y San Martín, Adolfo, «Don Quijote y el pensamiento español» (1905), en *Cervantes y su obra*, Madrid, Francisco Beltrán, 1916.

Buffier, Claude, *Traité de la société civile et du moyen de se rendre heureux en contribuant au bonheur des personnes avec qui l'on vit*, París, Pierre-François Giffart, 1726.

Canavaggio, Jean, «El humanismo de Cervantes», en *Retornos a Cervantes*, Nueva York, IDEA/IGAS, 2014, págs. 225-277.

Casalduero, Joaquín, *Sentido y forma del «Quijote»*, Madrid, Ínsula, 1949.

³¹ *De la sagesse*, libro 2, cap. 3, pág. 70. Sobre Charron, véase Adam: 1991. La conducta de don Diego de Miranda en lo relativo a la religión podría percibirse como próxima a la propuesta por Charron: «Ne disputer jamais des mysteres et poincts de la religion: mais simplement croire, recevoir et observer ce que l'Eglise enseigne et ordonne» (*La Sagesse*, III, XIV, 34, 1; cit. en Adam 1991: 140).

³² Repárese en el subtítulo de la obra: «et du moyen de se rendre heureux en contribuant au bonheur des personnes ave qui l'on vit».

Cavillac, Michel, «Del erasmismo al “efecto” Botero: la utopía española del trabajo en torno a 1600», en *Modelos de vida en la España del Siglo de Oro*, I, coord. Ignacio Arellano y Marc Vitse, Universidad de Navarra, Iberoamericana, Frankfurt, Vervuert, 2004, págs. 273-287.

Cervantes Saavedra, Miguel de, *Don Quijote de la Mancha*, ed. Francisco Rico, Madrid, Punto de Lectura, 2007.

—, *Novelas ejemplares*, ed. Jorge García López, Madrid, Real Academia Española-Galaxia Gutenberg (Biblioteca Clásica de la Real Academia Española, 46), 2013.

Colahan, Clark, y Rodriguez, Alfred, «La verde espada y el Verde Gabán: tradición y parodia caballerescas», *Neophilologus*, 71, 1987, págs. 372-380.

Erasmus de Róterdam, *Elogio de la Locura o encomio de la Estulticia*, trad. Pedro Voltes, Madrid, Espasa Calpe, 1999.

Da Costa Viera, María Augusta, «La *discreción* en el episodio del Caballero del Verde Gabán», en *Cervantes y su mundo*, vol. 1, coord. Kurt Reichenberger y Darío Fernández-Morera, Kassel, Reichenberger, 2004, págs. 3-20.

Foret, Nicolas, *L'Honnête homme ou l'Art de plaire à la cour*, París, T. Du Bray, 1630.

Gingras, Gerald L., «Diego de Miranda, ‘Bufón’ or Spanish Gentleman? The Social Background of His Attire», *Cervantes*, 5, 2, 1985, págs. 129-140.

Günter, Georges, «Miradas recíprocas y confrontación moral: don Quijote y el Caballero del Verde Gabán», en *Cervantes: Narrador de un mundo desintegrado*, Vigo, Academia del Hispanismo, 2007, págs. 155-170.

López de Vega, Antonio, *Heráclito y Demócrito de nuestro siglo. Descríbese su legítimo filósofo. Diálogos morales sobre tres materias: la riqueza, la nobleza y las letras*, Madrid, Alonso Pérez, 1641.

Maravall, José María, *Utopía y contra-utopía en el «Quijote»*, Santiago de Compostela, Pico Sacro, 1976.

Márquez Villanueva, Francisco, *Personajes y temas del «Quijote»*, Madrid, Taurus, 1975; Barcelona, Edicions Bellaterra, 2011.

Percas de Ponseti, Helena, *Cervantes y su concepto del arte*, Madrid, Gredos, 1975.

Pineda, Juan de, *Los treinta y cinco diálogos familiares de la agricultura cristiana*, Pedro de Adurza y Diego López, Salamanca, 1589.

Pope, Randolph D., «El Caballero del Verde Gabán y su encuentro con don Quijote», *Hispanic Review*, XLVII, 1979, págs. 207-218.

Redondo, Augustin, «Nuevas consideraciones sobre el personaje del Caballero del Verde Gabán (*Quijote*, II, 16-18)», en *Actas del II Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, ed. Giuseppe Grillo, Nápoles, Società Editrice Intercontinentale Gallo, 1995; reimpr. en *Otra manera de leer el «Quijote»*, Madrid, Castalia, 1997, págs. 265-289.

Salazar Rincón, Javier, *El mundo social del «Quijote»*, Gredos, Madrid, 1986.

Salomon, Noel, *Recherches sur le thème paysan dans la «comedia» au temps de Lope de Vega*, Institut de'Études Ibériques et Ibéro-Américaines, Burdeos, 1965; trad. esp. *Lo villano en el teatro del Siglo de Oro*, Madrid, Castalia, 1985.

—, *Sobre el tipo del «labrador rico» en el «Quijote»*, Burdeos, Institut de'Études Ibériques et Ibéro-Américaines, 1968

Sánchez, Alberto, «El Caballero del Verde Gabán», *Anales Cervantinos*, 9, 1961-1962, págs. 169-201.

Sánchez Aguilar, Agustín, «La última biblioteca de Carlos V», en *La escondida senda: Estudios en Homenaje a Alberto Blecuá*, ed. Eugenia Fosalba y Gonzalo Pontón, Barcelona, Castalia, 2012, págs. 167-179.

Trueblood, Alan S., «Sobre la selección artística en el *Quijote*: “lo que he dejado de escribir” (II, 44)», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, X, 1956, págs. 44-50.

—, «El silencio en el *Quijote*», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XII, 1958, págs. 160-180, y XIII, 1959, págs. 98-100.

Yun Casalilla, Bartolomé, «Economía moral y gestión aristocrática en tiempos del *Quijote*», *Revista de Historia Económica. Journal of Iberian and Latin American Economic History*, 23, Nº Extra 1, 2005, págs. 45-68.